

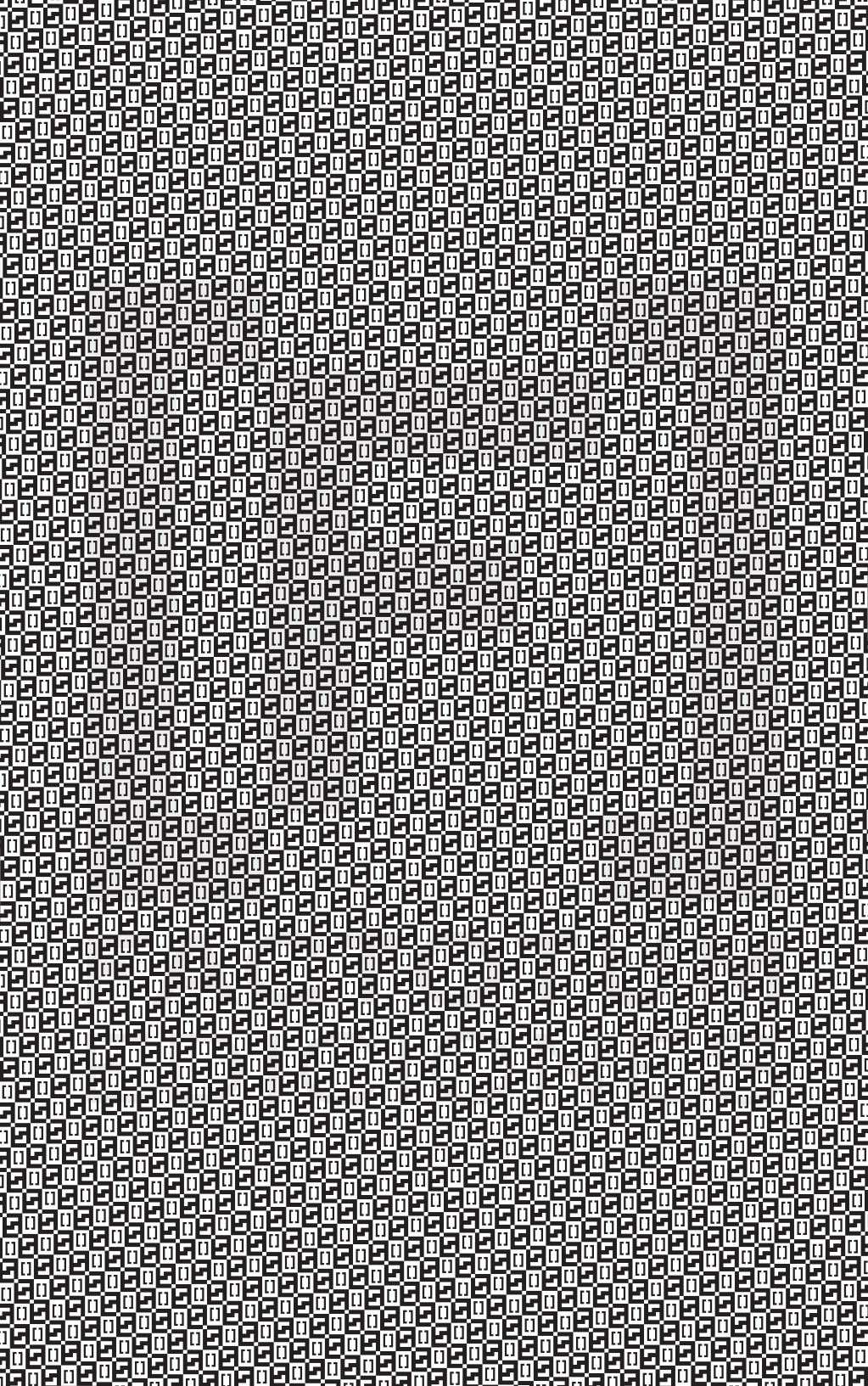


El múltiple Tubalcaín

Fabrizio Capelli

FACTOTUM
EDICIONES

**1^{er} PREMIO
FNA 2020**





El múltiple Tubalcaín

FACTOTUM
EDICIONES

Capelli, Fabricio

El múltiple Tubalcaín / Fabricio Capelli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2024.

144 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-59-4

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina. 3. Cuentos. I. Título.

CDD 800

© Fabricio Capelli, 2024

© Factotum Ediciones, 2024

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2024

Edición: Fernando Ozón

Corrección: Fátima Nieves García

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Imagen de tapa: fran_kie, Shutterstock

Foto del autor: Mara Carrión

ISBN 978-987-4198-59-4

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

El múltiple Tubalcaín

Fabricio Capelli

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES



Para mis padres, múltiples

FACTOTUM
EDICIONES

El canto de la niña virgen

*Van contentos y radiantes.
La virgen loca, GOLPES BAJOS*

*¿En qué nos parecemos
tú y yo a la nieve?
Canción popular española*

Todo empezó con el pesebre. Ese día, temprano, me había organizado para ir al centro a comprar algunos regalos de Navidad: una vincha para la Betina, unos calzoncillos para mi marido y alguna cosita para mí. La Betina me quiso acompañar. No le dije nada, para no pelear. Salimos temprano de la Estancia y fuimos caminando por la huella hasta llegar a la ruta, donde queda la parada del colectivo. Estábamos recién bañadas y justo se levantó el zonda, así que a mitad de camino ya estaba toda transpirada, con tierra pegada en la frente y el pelo. Entre el zonda y la Betina, caminar por la huella fue un suplicio: a los diez metros de

haber salido de la Estancia, quería que la cargara en brazos porque estaba cansada. El año que viene la Betina cumple treinta años y quiere que le haga una fiesta. Después se puso a llorar y no paró ni siquiera cuando subimos al colectivo, pese a todas mis amenazas –primero– y a todas las promesas –después– de hacerle la mejor fiesta para su cumpleaños. No paró de llorar: viajé muy nerviosa, pensando que en cualquier momento la Betina podía empezar a convulsionar. Cuando bajamos en el centro, vio los pesebres en las vidrieras de los negocios y ahí se calmó. De vuelta en la Estancia, dijo que quería hacer uno. Mi marido, mudo, como siempre. Y yo, cansada, le dije que sí, con tal de que no hiciera algunas de sus rabetas que la dejan escupiendo espuma por la boca, tirada rígida en el piso. Esa noche se quedó despierta y al otro día ya tenía el pesebre listo; ocupaba mucho espacio: empezaba debajo del arbolito de Navidad (un chañar chiquito que había trasplantado del fondo de la Estancia a una maceta) y se extendía por casi todo el piso del comedor; la Betina había corrido los sillones contra las paredes, y la mesita ratona la había llevado para una de las habitaciones. Aun así, casi no quedaba lugar para todas las miniaturas que había hecho. Eran más de cien, tenían partes de porcelana o plastilina, coloreadas con fibras y ténpera, los cuerpos de corcho (seguro que robados de la bodega del patrón) y los rostros pintados con mucho detalle sobre bolitas de masa de pan. Siempre fue buena para el dibujo y la pintura: hizo a José y a María, y en el medio al niño Jesús, con los brazos gorditos, los ojos pintados de celeste y una boquita por donde se asomaban, apenas, dos dientes diminutos. Alrededor del arbolito estaban los Reyes Magos, y extendiéndose por todo el comedor había pastorcitos, caballos, camellos, perros, ovejas,

chanchos, patos, conejos, un león y una jirafa, elefantes, establos, caballerizas, árboles, rosales de muchos colores. Yo me quedé admirada: porque además del pesebre, la Betina había continuado, casi llegando a los sillones, con un pequeño pueblo con calles de tierra, autos, un tractor, casas con antenas en los techos y montañas pintadas en las paredes que se elevaban desde los zócalos del piso. Hasta había colgado de unos hilos pegados con cinta al techo varios angelitos vestidos con túnicas azules y alas blancas. Todo el conjunto lo había cubierto con pedacitos de algodones, simulando nieve. ¿Cómo hizo todo eso en una noche? Mejor no ponerse a pensar en las cosas de las que es capaz la Betina. Lo mismo le dije que la Navidad acá no es con frío, que hacen unos calores que ni se aguantan, pero la Betina quiso que todo el pesebre estuviera nevado, y bueno... quedó nevado. Yo ya ni le discuto. A la noche, en la cama, como para hablar algo con mi marido, le pregunté qué pensaba del pesebre, tan grande, y del nivel de detalle de las miniaturas: los rasgos de la cara, los pliegues de la ropa, las texturas del paisaje, cómo había conseguido esa forma de representar las telas, los árboles, las rocas. Y después seguí hablando de cuánto lleva armar un pesebre así, seguro que días y días, y no una sola noche. ¿O sería que ya lo tenía armado de antes y no nos dijo nada? No sé, yo me hubiera dado cuenta. Es que con la Betina puede pasar cualquier cosa, siempre termina volviéndonos locos, pero más a mí, que soy la que tengo que lidiar todo el día con ella. Al final terminé haciendo un monólogo larguísimo, y cuando me di vuelta en la cama, vi que mi marido estaba dormido. Para mí que se hacía. Lo mismo, yo no sé porque mi marido no habla. Todo el día mudo, deambulando por la casa. Se levanta sin hablar, trabaja como un burro (eso sí, no hay

quién trabaje como él, deslomándose todo el día entre las viñas, además de hacerse cargo de todos los arreglos de la Estancia) y se acuesta casi sin hablar, tirando de vez en cuando algún murmullo que ni se le escucha. Parece atontado. Y para atontados ya tenemos a la Betina, con esa enfermedad que tiene en la cabeza. Desde que nació que es así, con ese tipo de enfermedad que hace sufrir más a los demás que a ella misma. Los empleados de la Estancia deben pensar que la paso bien entre tanta anormalidad. Pero sé por dónde viene la cosa: como somos los caseros, nos tienen envidia. Porque cuando el patrón no está en la Estancia, podemos andar por todo el caserón principal sin problemas, por más que nuestra casita (una habitación, un bañito, una cocina y el living) esté en los fondos, separada del casco principal. Y eso les molesta, y se desquitan con mi nena, mirándola raro, o mirándome a mí con cara de lástima: lo que a mí me ayudaría es que mi marido estuviera más presente con la Betina, que le hablara, que le diera consejos. Y si no le gusta hablar (porque capaz que no le gusta, no sé), al menos que la agarre de la mano y se la lleve a dar una vuelta por la Estancia, así se distrae un poco y me alivia a mí de estar todo el tiempo pendiente de ella. Porque yo ya no puedo más sola, siempre trabajando, sin ninguna recompensa. Y lo gracioso del caso es que aconsejen paciencia. Pero bueno, tampoco quiero parecer una quejosa, a su manera es buen padre, nunca nos faltó nada, y yo siento que lo quiero, a pesar de que parece que casi no lo conozco. Pensando en todas estas cosas yo también me quedé dormida. Al otro día amaneció todo blanco. En la radio dijeron que no había explicación para una nevada así en pleno diciembre. El locutor hablaba sorprendido, casi tropezándose con las palabras. Mientras sacaba la ropa de invierno

que había guardado en unas cajas de cartón en la baulera y tendía de nuevo las camas agregando un par de frazadas, pensé que siempre se equivocan con el pronóstico del tiempo, pero esta vez sí que le habían errado feo. Por la ventana se veía todo el campo nevado, y más lejos, en el horizonte, las montañas. Fue ahí que pensé en el pesebre de la Betina. Dejé por un rato las camas y me fui hasta el comedor a darle una mirada: estaban las montañas dibujadas en las paredes con las puntas pintadas de blanco; y sobre el piso, un grupo de casitas, hechas de cartón, con los techos cubiertos de algodón. Fui hasta la ventana y ahí estaban, al fondo, casi en el límite del alambrado, las casitas de los empleados, idénticas a las miniaturas de cartón de Agustina, con el mismo color en las paredes, los mismos techos nevados, las mismas cortinas en las ventanas. Entonces empecé a mirar las miniaturas: una con el pelo negro, un sombrero de pana, la barba entrecana: el capataz. Otra con anteojos, alpargatas y un pañuelo al cuello: Tubalcaín, el electricista, que lo ayuda a mi marido con trabajitos en la Estancia. Seguí mirando las miniaturas y me di cuenta que todas, absolutamente todas, representaban a personas de la Estancia. El color del pelo, la ropa, la nariz de uno, el lunar de otro, la estatura, alguna leve joroba, los zapatos, la forma de pararse, el color de los ojos: la señora Elvira, la madre del patrón, con la Raquel, espalda contra espalda. Las hermanas que viven en los fondos, que de tantas nadie sabe cuántas son. Y finalmente el patrón: la misma cara en cada uno de los tres Reyes Magos, como un patrón-rey múltiple. No había nada ni nadie que no fuese la réplica exacta del original. Estábamos también mi marido y yo: nos había hecho tan lindos, con una ropa de papel glasé brillante y agarrados de las manos, mirándonos a los ojos; pero más

que eso: hablándonos con los ojos, comunicándonos con los ojos, acercándonos con los ojos. Y ahí nomás, como una tonta, se me empezaron a caer las lágrimas. Y vi finalmente que el rostro de la miniatura de la virgen María era igual al de mi nena. Y sí, pensé: mi Betina, como la virgencita. Y los días que siguieron se la pasaba jugando en el pesebre, tirada en el piso del comedor, mientras afuera la nieve no paraba de caer. La mayor parte del tiempo jugaba con la virgen María y el niño Jesús, cuidándolo, dándole de comer, haciéndolo dormir. Verla así me ponía muy triste, porque pensaba que quizás mi Betina no tendría nunca la suerte de la virgen María, eso de tener un bebé sin haber estado con nadie. Pobrecita, hija única, y aparte atontada, siempre tan sola, era lindo imaginar que de repente, de algún modo milagroso, tuviera un bebé del cual pudiera ocuparse, que le diera ese sentimiento que dan los hijos, que no sé bien cómo explicar, pero que se parece a tener la panza llena o que el sol tibio te dé en la cara o que alguien te haga cosquillas en la espalda. Siempre sospeché que la enfermedad de la Betina era imaginaria, porque para un enfermo imaginario no existen remedios que puedan curarlo. En cambio, un enfermo real muestra síntomas: algún debilitamiento, un rostro pálido, el alivio de ver algún brote en la piel. Pero en la Betina no hubo nada que pudiera anticipar la llegada de ese desorden. Un día se despertó, como si nada, de bebé, convertida en lo que es ahora. Ni siquiera se notaba, pero yo me di cuenta, de inmediato. ¿Y con quién iba a hablarlo? Con nadie, si no podía contárselo a nadie. Aparte de tenerme envidia y lástima, el resto de los empleados me iban a tomar por loca. Se lo comenté a mi marido, claro, pero se me quedó mirando sin decir una sola palabra. La llevé al médico, pero nada, si parecía una bebé normal. Pero yo sabía, y con los

años, a medida que fue creciendo, se fue haciendo evidente. Capaz que si un día se despertó atontada, otro día vuelva a despertarse curada. Pero bueno, en el mientras tanto me acostumbré, porque la vida funciona así, una se termina acostumbrando a todas las cosas. Aprendí que si cantaba se quedaba tranquila, entonces le enseñaba muchas canciones, para que no estuviera nerviosa, para que no convulsionara. Por eso, cuando la Betina apareció gritando como loca en la cocina, diciendo entre un llanto lleno de mocos que su bebé había desaparecido, me preparé para verle aparecer espuma en la boca. Pero no, me agarró de la mano y me llevó hasta el pesebre y vi, en efecto, que la cuna (hecha con ramitas secas de lavanda y con un trapito encima) estaba vacía, y yo le dije, para calmarla, temiendo la llegada inminente de la convulsión, que podíamos hacer otra miniatura, otro bebé, que yo la ayudaba, pero ella decía no, no, y señalando la cuna vacía decía que ese bebé no, decía mi bebé, mi bebé, y señalaba la ventana; entonces la miré sin saber qué decir; le vi los ojos extraviados, tan abiertos y grandes como su boca; hice todo el esfuerzo para entender lo que me decía, entre el llanto y los gritos, y escuchándola bien, mi nena, mi Betina, mi virgencita, llorando por su bebé perdido, quise como empezar a darme cuenta, quise perder la fuerza de ver todo como yo quería verlo, y empezar a verlo como mi Betina y de pronto me pareció lógico, mirando por la ventana, y hasta urgente, que teníamos que buscar a su bebé, no solo por toda la casa, sino por toda la Estancia. Y vi, para mi sorpresa, que mi marido, parado al lado mío, me tenía agarrada de la mano, y nos miramos igual que las miniaturas y estuvimos de acuerdo, sin decir palabra, que era mejor salir de la casa y empezar a buscar. Y a medida que caminábamos entre los corrales y las caballerizas, en los galpones de la bodega, en

el fondo de la pileta vacía, se nos iban uniendo los empleados, todos juntos, buscando al bebé de la Betina. Y naturalmente, con unas pocas indicaciones con las manos, mi marido los separó en grupos, y algunos fueron para el lado de la capilla, otros para los viñedos, otros para la huerta. No sé cuántas horas o días pasaron, no paraba de nevar, casi no veíamos, y nos hundíamos hasta la rodilla en la nieve, yendo de un lado a otro, agotados. Cada tanto, cuando yo volvía por un rato a la casa a tomar algo caliente o a descansar las piernas, descubría que la Betina había ido extendiendo el pesebre, llegando casi a replicar la Estancia entera: la huella de entrada, saliendo de la ruta, con el colectivo en la parada, los autos, peones andando en bicicleta, llegando hasta la tranquera, con su pequeña rotonda con plantas de malvones y árboles de magnolias y su larga hilera de álamos (que bordeaban la heladera y salían por la puerta). Y cantaba, llorando, una canción que no le había escuchado nunca: *Jesús, María y José, asistidme en la agonía*. Así, cantando y llorando, a una de las habitaciones la había llenado con cada una de las casas de fin de semana (más de cincuenta o cien, no sé) de los barrios cerrados esparcidos por fuera de los límites de la Estancia. En otra habitación había desplegado la Estancia, con su patio de adoquines, el aljibe, la pileta, las canchas de tenis y de fútbol, la capilla al borde del río, en un extremo del jardín, cerca de las lápidas del cementerio. En el baño la bodega y sus hileras de barricas y toneles, con el almacén de vinos de diferentes cosechas. Y la Betina, cantando y llorando, la mirada perdida, señalaba con el dedo alguna parte del pesebre extendido, y hacia ahí íbamos, pero nada. Hasta que un día salió al patio y señaló un laberinto en miniatura sobre el pasto nevado, a un costado del depósito de leña, que era la réplica del laberinto de la

Estancia, hecho de plantas de vid, plantadas entre postes que sostenían estructuras de alambre, para formar senderos rectos y curvos, donde las ramas de los viñedos trepaban hasta una altura de casi dos metros. Ahí señalaba mi Betina, muerta de frío, diciendo mi bebé, mi bebé, y supimos, por la convicción de su voz y la urgencia de su canto, que entre esos senderos íbamos a encontrarlo, a pesar de que era el peor lugar para buscar: el laberinto ocupaba varias hectáreas, y aunque éramos muchos, nos perdíamos constantemente, volviendo una y otra vez sobre nuestros pasos, recorriendo los mismos caminos, sin distinguir dónde ya habíamos buscado y dónde nos faltaba buscar. Entonces, parada dentro del laberinto, casi sin aire, cansada, las piernas entumecidas por el frío, pensé de pronto, como si una claridad repentina me hubiera iluminado, que nada de esto tenía sentido, que nos habíamos dejado ganar por la locura de la Betina, y que lo más sensato era volver para la casa y terminar de una vez por todas con este asunto. Empecé a buscar la salida del laberinto, pero daba vueltas y vueltas y siempre aparecía un rincón cerrado, o una curva imprevista, o una recta por la que corría y corría y que no terminaba nunca, como si el laberinto intentara mantenerme ahí adentro. Fue entonces que escuché, bajito, el llanto de un bebé: presté atención, tratando de identificar de dónde venía. Se hizo un silencio profundo: la nieve caía sobre el laberinto y podía escuchar el sonido de cada copo posándose sobre las hojas de los viñedos. En ese silencio blanco, el llanto de un bebé. Caminé atenta, acercándome. Hasta que por fin lo vi: tirado en el suelo, justo debajo de uno de los viñedos, protegido de la nieve, pero con los brazos y las piernas al aire, apenas vestido con un pañal. Lo levanté riendo, pero al mismo tiempo asustada, porque me di cuenta de que tenía

Índice

El canto de la niña virgen	11
La blanca sonrisa del patrón	21
El ciclo de los deseos	27
Mario y el mago	35
Las hermanas múltiples	47
Tan inmenso, tan azul, tan hermoso	53
Tubalcaín electrocutado	67
La lectora sumisa	79
Un día laboral	91
El múltiple Tubalcaín	103

FACTOTUM
EDICIONES



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?